

INTRODUCCIÓN

«De mentides n'hi ha hagut sempre. El que crida l'atenció, en el moment actual, és que aixó sembla que ja no importa, que ja no és important distinguir entre veritat i mentida».

GARCÍA DEL MURO, 2018: 26

PEDRO Lombardo (c. 1100-1160), obispo y teólogo escolástico, en *Quatuor Libri Sententiarum* estableció tres tipos de mentiras: útiles, joviales y peligrosas. La clasificación prueba un afán pedagógico y venía a sustituir a la de San Agustín, mucho más engorrosa por abarcar hasta ocho modalidades de embustes. La taxonomía del italiano afincado en París, con éxito de público y crítica, fue corroborada por Tomás de Aquino en el siglo XIII. La *Summa Theologiae* habla de mentiras oficiosas o benéficas, jocosas por diversión y perniciosas o dañinas. Todas son motivo de pecado, aunque el mismo puede ir desde lo venial hasta lo mortal. Las hipotéticas penitencias variarían en correspondencia con la gravedad de la culpa, que nunca sería excesiva en un catolicismo comprensivo con la necesidad o la conveniencia del embuste.

La cuestión de la mentira invita al debate sosegado y argumentado, con sutileza de teólogos, para aclarar las derivadas de una casuística enrevesada a menudo. Su celebración a puerta cerrada tendría aires de conciliábulo y sería una forma de vuelta al pasado.

Las conclusiones acabarían vertidas en un texto pulcro y sin las adherencias del presente más circunstancial. Su validez aspiraría a la universalidad, pero las recomendaciones para el recto camino de la verdad apenas contrarrestarían la avalancha de mentiras presente en los medios de comunicación, donde nadie acude a los maestros de la teología para calibrar el grado o el tipo de cada una, así como su correspondiente penitencia. Otras muchas mentiras se acumularían en las redacciones mientras tuviera lugar semejante debate, que requiere la participación de sabios escépticos y ajenos a las premuras de un becario en prácticas con aspiraciones de periodista precario. En el mejor de los casos, el balance de tanta sabiduría quedaría reducido a la brevedad de un tuit, que es una modalidad de la mentira tan peligrosa como jovial y útil en estos tiempos menguados.

Las mentiras están de actualidad porque muchos líderes políticos y de opinión las utilizan con un desparpajo digno de asombro. La ciudadanía les emula a menudo sin asomo de culpabilidad. A la vista de numerosas portadas de la prensa, esas viejas amigas parecen unas recién llegadas. Los medios de comunicación, siempre pendientes de «la última hora», deben dar noticia de la existencia de mentiras para el público conocimiento. Una sucesión de acontecimientos de ámbito internacional ha provocado un debate acerca de su utilización para ganar elecciones, ejercer el poder, polarizar la sociedad, apelar a los sentimientos o las emociones de los electores en sustitución de la razón... Las utilidades son tan múltiples como diversas porque la mentira siempre ha estado vinculada a la actividad política. Lo novedoso es la sistematización de su empleo y, sobre todo, el descaro con que se propaga en un clima de impunidad que va más allá de lo moral o lo ético. La denuncia de la falsedad que contienen por parte de periodistas apenas mitiga sus

efectos entre la población. La gente tiende a consumirlas porque no le remiten a la realidad, siempre mediocre y compleja, sino a la simplificada visión de la misma que gusta a una parte considerable del electorado. Y, por supuesto, es más fácil creer que vivimos en el paraíso de nuestro imaginario, con su correspondiente «relato», que en el infierno de la realidad.

«Hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad», afirmó Don Sebastián ante el asombro de Don Hilarión en *La verbena de la Paloma* (1894). La reflexión del castizo personaje sigue vigente. El discurso ya no parece tener la obligación de intentar adecuarse a la realidad, puesto que el propio discurso es para muchos la realidad o, al menos, la sustituye en el imaginario de buena parte de la ciudadanía. De ahí que el compromiso de veracidad del relato haya sido reemplazado por su atractivo. Sobre todo de cara a un consumo en los nuevos canales de comunicación donde la razón ni está ni se la espera. Su papel como criterio de aproximación a la verdad ha quedado relegado a un segundo plano. «Una brutalidad», como afirmara Don Hilarión, que no por viejo y experimentado dejó de recurrir al imaginario donjuanesco. La compañía de la Casta y la Susana —«Una morena y una rubia, hijas del pueblo de Madrid»— justifica este ilusorio autoengaño que precisa de algunas mentiras joviales.

La conversión de la actividad política en un espectáculo mediático con sorprendentes dosis de ficción blanquea cualquier mentira, cuya vigencia solo aspira a cubrir el tiempo necesario para que el embuste cause el efecto esperado. También la hace imprescindible si se pretende competir sin desventajas en la carrera electoral. A partir del consiguiente cambalache, los límites entre lo real y lo falso se desdibujan en un discurso o relato solo concebido para la

satisfacción de los consumidores. El citado compromiso con la verdad parece entonces una exigencia de exquisitos cuya mentalidad resulta anacrónica. El procedimiento de los mentirosos viene de lejos y su práctica cuenta con teóricos y denunciadores que podrían indagar en el pasado. La sorpresa de lo actual no cabe, salvo para los ingenuos que prescinden de la historia. No obstante, el fenómeno de la mentira nunca se había percibido con una intensidad, una globalidad y una sistematización de tal calibre que permiten imaginar la existencia de unos guionistas tan anónimos y a la sombra como influyentes. Sus creaciones llegan hasta el último rincón gracias a la proliferación de las redes sociales y diversas manifestaciones de la actual fase de la cultura del espectáculo, donde todo es válido si cumple la condición de ser atractivo y líquido (Zygmunt Bauman). El resultado de esta manipulación gusta, pero también entontece a quienes lo disfrutan sin las debidas precauciones.

Los ejemplos abundan «que es una bestialidad». Si un presidente de los EEUU puede ser reconocido como un mentiroso compulsivo sin que la circunstancia afecte a su continuidad en el cargo, la preocupación de quienes rechazamos esta paradoja, unos pocos, debiera conducir a una reflexión que desborda lo político para adentrarse en los modelos de comunicación imperantes. Voces más autorizadas que la mía lo hacen casi a diario, aunque con los magros resultados prácticos de cualquier actividad intelectual o académica, incluso periodística, cuando se enfrenta al atractivo consumista de los «hechos alternativos». El propagado eufemismo es digno de una mejor causa. No me corresponde en esta introducción repetir argumentos de otros colegas. La consulta de sus trabajos es sencilla, pero un fenómeno cotidiano y en progresivo aumento acaba provocando preguntas acerca de sus huellas en diferentes épocas históricas. La

presencia de la mentira aparece desdibujada, fragmentaria y sujeta a las circunstancias de cualquier período. No obstante, casi siempre resulta efectiva de acuerdo con los objetivos que justifican su empleo. Los tipos de mentirosos abarcan una heterogénea gama ya establecida desde los tiempos de insignes teólogos como los citados. Al margen de la necesaria actualización formal, los cambios son mínimos en este sentido, aunque ahora se produzcan en una sociedad laica y alejada del concepto del pecado. Tampoco parece variar la constante presencia del interés, requisito casi obligatorio en una práctica cuyas consecuencias van desde lo nimio hasta lo trágico. Al fin y al cabo, solo la sistematización de la mentira es, probablemente, la característica que mejor define a los enemigos de la libertad. El resto de los mortales mentimos sin esa precisión teleológica.

El imaginario de una dictadura pasa por una inflación de la verdad (Vattino, 2010) hasta su conversión en dogma. El debate resulta inviable entonces, pero ese totalitarismo de la verdad descansa en la mentira, la manipulación, la tergiversación..., tanto de la realidad coetánea como del pasado histórico. El proceso en cada caso cuenta con protagonistas y beneficiarios capaces de definir lo verdadero en función del interés e imponerlo sin preocupación alguna por su adecuación a la realidad. La ocultación de la verdad se realiza, asimismo, al servicio de los intereses políticos, sociales y económicos de quienes crean, difunden e imponen dicho imaginario, casi siempre a través de la propaganda, la ficción, la enseñanza o cualquier medio a su alcance, que son todos los existentes en un contexto de monopolio y coerción.

El franquismo es un excelente ejemplo de ese proceso por su duración y la perfección alcanzada, desde los tiempos más negros de la guerra hasta la etapa desarrollista. Este abrumador éxito

de los franquistas resulta difícil de admitir por el estupor que produce. No obstante, conviene reconocerlo con toda su crudeza. El objetivo de semejante sacrificio del historiador es comprender hasta qué punto el imaginario caló en la población y, a estas alturas de la democracia, todavía permanece como uno de los obstáculos que impiden una completa superación de lo representado por la dictadura. Gracias a la publicación de numerosos trabajos académicos, las mentiras en las que estaba fundamentado ese imaginario son tan evidentes como grotescas y risibles en ocasiones. Apenas importa, al menos para un importante sector de españoles incapaces de distanciarse del franquismo, indiferentes en apariencia con respecto al pasado y, sobre todo, refractarios a cualquier análisis histórico que pudiera cuestionar trayectorias demasiado cercanas a las suyas. Las consecuencias las vemos a diario en los medios de comunicación. Su ilación supone un bucle donde corremos el riesgo de caer quienes pretendemos desvelar, con el máximo rigor posible, lo sucedido durante el franquismo. Nuestros trabajos justifican el relativismo de los escépticos por la pérdida de numerosas fuentes. Su modesto alcance, por otra parte, apenas resquebraja el dogmatismo de quienes inflaron una supuesta verdad para asegurarse un acomodo, de cuya rentabilidad hay abundantes pruebas.

La publicación de *Contemos cómo pasó. Imágenes y reflexiones de una cotidianidad (1958-1975)* (2016) y *Un franquismo con franquistas. Historias y semblanzas* (2019) me ha permitido trazar un buen número de trayectorias protagonizadas por personajes secundarios de la dictadura. Los relatos de esta trastienda se encuentran diseminados en otros ensayos míos dedicados a diferentes temas. La mentira siempre ha estado presente en las correspondientes investigaciones, donde lo fundamental era contrastar la apariencia de una sólida

«verdad» con la realidad ocultada, olvidada o tergiversada. El resultado permite desmontar la imagen pública de los protagonistas, que poco o nada se asemeja a los hechos de sus trayectorias en un clima de mediocridad capaz de abarcar los más diferentes ámbitos. Esa constante me ha llevado a presentar en el presente volumen nuevas semblanzas e historias de carácter heterogéneo, siempre ajenas a las habitualmente consideradas por parte de los historiadores y relacionadas, de manera diversa, con la ficción. También con la mentira, que los protagonistas desplegaron como instrumento para un engaño que va desde la ocurrencia brillante hasta el fraude. Al fin y al cabo, el presente trabajo pretende aliviar las consecuencias del precio pagado al poder para el inicio de la etapa democrática: impunidad, silencio y olvido. Los tres conceptos están ligados a la mentira o necesitan de la misma.

El nexo de lo contado en *Contemos cómo pasó* es la experiencia generacional en torno al tardofranquismo, un período fundamental para entender los intentos de blanquear la dictadura y todavía poco frecuentado por los investigadores. En *Un franquismo con franquistas* el elemento común es la posibilidad de trazar esas semblanzas desde una perspectiva irónica y sonriente, que a menudo descansa en el citado contraste entre las apariencias y una realidad solo observable mediante una paciente labor de investigación. Ahora, el nexo es la mentira, que ya estaba presente en los anteriores, pero cobra en el presente volumen un protagonismo estelar, aunque sea a través de historias de tono menor que resultan propias de la trastienda.

La mentira forma parte de nuestra realidad cotidiana, tiene un carácter universal y sería erróneo considerarla como elemento peculiar de un período histórico, un colectivo o un ámbito en con-

creto. Tampoco parece imprescindible reflexionar sobre las actuales consecuencias del posmodernismo, con su desvalorización de los hechos a favor de las interpretaciones y una definición de la verdad en función del interés, para sabernos rodeados de mentiras sistemáticas y hasta coherentes. Estas derivas de la filosofía requieren voces más autorizadas que la mía. Lo realmente distintivo del franquismo es la extrema necesidad que la dictadura tuvo de este recurso. El objetivo era crear un mundo de apariencias digno del cervantino retablo de las maravillas. De ahí lo oportuno de su desmontaje, que los historiadores hace décadas emprendieron con planteamientos de envergadura. El presente volumen, modesto por vocación, se suma a esta labor con otros menores. Lo son hasta rozar los límites de lo anecdótico y pintoresco, pero permiten una reflexión compatible con la sonrisa.

Tal vez algunas mentiras aquí recreadas sean meros embustes de trapisondistas que no alientan o justifican una labor de denuncia. Tampoco la misma es imprescindible porque, a estas alturas, lo prioritario es comprender el clima de mediocridad y banalidad que favoreció la permanencia de la dictadura gracias a la connivencia social. La brutal represión no puede ser la única justificación de «los cuarenta años». El conocimiento y la posible enseñanza de semejante cambalache de mentiras inquietan por su relación con experiencias que se repiten a lo largo del tiempo. La analogía no debería sorprender a quienes frecuentan la historia y su evidencia nos devuelve al principio: las mentiras están de actualidad. La paradoja es digna de asombro, ya que en realidad esas mismas mentiras son unas viejas amigas siempre a nuestra disposición para los más variados intereses. El fundamental: aliviarnos el peso de la verdad.